

sierto; nadie le sigue, nadie le ve, y llega enfrente de la parte del hotel Lavisine que da al parque.

En seguida atraviesa rápidamente el césped que le separa del jardinillo, se sube sobre el zócalo de la verja, ve al príncipe sentado en su mesa, con el rostro alumbrado por la lámpara. Sin titubear coge el proyectil que lleva consigo y lo arroja violentamente.

Después de consumado el crimen, huye; procura salir por la calle Rembrandt, encuentra cerrada la puerta, llega á la avenida Van-Dyck, pasa por delante de la vendedora de juguetes, atraviesa la calle, sin duda con intención de ir al faubourg; tropieza con el conductor de ómnibus; luego, cambiando de itinerario por cualquier razón, tal vez por creer que podrá ocultarse mejor en el interior de París, llega al boulevard de Courcelles, y desaparece.

Todo esto apareció con claridad á los ojos del comisario de policía. Pero ¿quién era aquel individuo? ¿Quién era aquel asesino? La carta que recibió el príncipe Lavisine podría tal vez dar la solución de este problema.

X

—¿No le han entregado á usted esta tarde, á las seis y media, una carta urgente para su amo?—preguntó el comisario al suizo del hotel, á quien había mandado llamar.

—Sí señor. La trajo el mozo de un café próximo.

—¿A quién se la dió usted?

—Al ayuda de cámara del príncipe.

—Dígale usted que venga.

Transcurrieron algunos segundos: el ayuda de cámara se presentó; el comisario le dirigió esta pregunta:

—¿Entregó usted inmediatamente á su amo la carta que el suizo le dió esta tarde?

—Sí señor, inmediatamente.

—¿Dónde estaba entonces el príncipe?

—Aquí, caballero, en su despacho.

—¿Leyó aquella carta delante de usted?

—No hizo más que recorrerla, después de haber mirado la firma.

—¿Y qué hizo con ella?

—La arrugó y la echó en el cesto que había junto á la mesa, y que no veo ahora.

—Lo encontrará usted debajo de algún mueble. Todo está revuelto aquí...

En efecto, el ayuda de cámara encontró en seguida, en un rincón del despacho, el cesto estrujado y hecho pedazos. Pero no tenía nada dentro, lo que contrarió extraordinariamente al comisario; mas Corbin, el inspector de policía, que buscaba también, le presentó un papel arrugado que encontró bajo la mesa.

—Esta es la carta que entregué á mi amo—dijo el criado;—conozco el papel.

El comisario no titubeó ni un solo instante y leyó la carta que podía guiarle.

Estaba concebida en los siguientes términos:

«Príncipe:

»Vengo de casa de su procurador de usted... Le he »suplicado en vano. Me ha dicho que tenía órdenes »precisas... Pido á usted por favor que me conceda »una prórroga. Si no le pago, no es por culpa mía, se »lo juro... Hace algún tiempo que no encuentro traba- »jo. Pero he inventado una cosa magnífica que puede »prestar grandes servicios á la ciencia y enriquecerme »de un solo golpe. ¿Qué va á ser de mí si me arroja us- »ted de su casa?... No le imploro por mí, sino por mi »hija, á quien tanto quiero... ¡Figúrese usted en la calle, »sin asilo, sin recursos, sin nada, siendo tan hermosa, »tan hermosa que en el barrio la llaman *Reina de her- »mosura!*... ¡Qué peligro! ¡Y qué responsabilidad para »usted si la miseria la asustase, si no pudiera soportar- »la!... ¡Ahl tiemblo, tiemblo al pensarlo... Soy capaz de

»todo por salvarla... ¡Caballero, caballero, tenga usted »compasión!... ¡Qué pueden importar á usted algunos »centenares de francos, siendo tan rico!... Pero no, no... »Me aborrece usted porque últimamente le amenacé... »Ya no amenazo... Ya no amenazo... Espero su contes- »tación con confianza... No me desespere usted, no me »impulse usted á cometer alguna atrocidad... Otra vez »más le suplico á usted por ella.

»BÉBARD.

»40, boulevard de Courcelles.»

La lectura de esta carta acabó de convencer al co- misario de policía. Bien fuera por dureza de carácter, ó para castigarle, como decía la carta, el príncipe La- visine se había mostrado intratable para con uno de sus inquilinos, y éste, después de la última tentativa para enternecerle, al verse rechazado, desesperado, loco, se había vengado.

Una sola pregunta apuraba aún bastante seriamen- te al magistrado. ¿Por qué, por efecto de qué rareza había elegido el asesino una bomba de dinamita para cometer el crimen? Hasta entonces aquella arma ter- rible sólo había servido para cometer crímenes polí- ticos, para asesinar á un emperador ó á un rey. Era el arma favorita de un partido, de una secta, pero no la de los asesinos privados.

Estas reflexiones, que atravesaban su pensamiento, no le impedían dar órdenes para la captura inme- diata del asesino, si acaso había vuelto á su casa, en vez de escaparse, como era de suponerse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1911. 1625 MONTERREY, MEXICO

Extendió un auto de prisión y lo entregó al inspector Corbin, encargándole mucho que procediera con la mayor moderación posible.

Esa advertencia arrancó una sonrisa á Corbin, que la encontraba inútil, pues afirmaba que un buen agente de policia sólo debía usar de la persuasión para prender á los malhechores.

XI

El inspector principal Corbin, con dos agentes, llegó muy pronto delante del número 40 del boulevard de Courcelles. Atravesó el boulevard y, apoyándose en la verja del parque Monceau, examinó la casa.

Sin fachada sobre el boulevard, en el fondo de un pequeño patio, no tenía más que dos pisos, cubiertos por un tejado muy bajito. Por su exigüidad y su vejez resaltaba en medio de las casas de cinco pisos recién construídas en el barrio. El príncipe Lavisine debía haberla comprado, de seguro, para derribarla al terminar el plazo de algún arriendo y para edificar un hermoso hotel.

Hechas estas observaciones, Corbin dejó sus agentes apostados, y atravesando de nuevo la calle,

entró en un estanco que había junto á la puerta, al lado de una tiendecita de ultramarinos.

Después de haber escogido cigarros de diez céntimos (pues cuando entraba en funciones no se privaba de nada) armó conversación con la estanquera, que parecía ser de humor alegre.

—¿Podría usted, señora—le dijo,—darme las señas exactas de un caballero que debe vivir muy cerca de aquí?... Tengo que darle un recado y no sé el número de su casa.

—¿Y tampoco sabe usted cómo se llama?—preguntó riendo la estanquera.

—Eso sí. Se llama Bérard.

—Precisamente no podía usted ser más oportuno... M. Bérard vive en esta misma casa, á lo último del patio, en el piso segundo, puerta de la derecha.

—¡De veras! ¡Qué suerte he tenido al dirigirme á usted!... Pero, ahora que me acuerdo... ¿conoce usted el proverbio?...

—¿Qué proverbio?

—Hay muchos borricos del...

—Del mismo pelo—dijo ligeramente la estanquera, acabando el refrán.

—Eso es, eso es.

—¿Y qué?

—¡Que si fuese otro Bérard!... Ya comprende usted... son las diez de la noche y no quisiera equivocarme... molestar á un desconocido...

—Entonces, dígame cómo es su Bérard de usted y yo le diré cómo es el mío.

—Tendrá unos cincuenta años—dijo Corbin.

—¿Y qué más?

—Buena presencia y buena cara.

—¿Es alto ó bajo?

—Muy alto, según unos, y nada más que alto, según otros. Pero más bien alto que bajo.

—Pues es el que usted busca.

—¿Usted cree?...

—¡Vaya!... sí por cierto... es su verdadero retrato. Además, hay algo que puede aclarárselo á usted... ¿Tiene hijos?

—Sí, según parece, tiene una hija muy linda.

—¡Linda! ¡ya lo creo! diga usted que es magnífica. La llamamos en la casa y en la vecindad *Reina de hermosura*.

—¡Entonces es el Bérard que yo buscol... ¿Usted cree que estará ahora en casa?

—¡A las diez de la noche!... ¡ya lo creo! Le he visto pasar por delante de mi puerta un poco después de las siete. Volvía, y le aseguro á usted que no ha vuelto á salir.

—Tal vez se haya acostado... Voy á molestarle.

—¡Oh, no! No se acuesta temprano... como nosotros. Trabaja durante gran parte de la noche.

—¿Sí? Pues ¿qué hace?

—¿Qué hace? ¿qué hace?... La verdad que no lo sé... Es un sabio, según me han dicho; un ingeniero, un antiguo discípulo de la Escuela de Minas.

—¡Ah! ¿de la Escuela de Minas?

—Sí... Maneja allá arriba una porción de cosas, hace experimentos y nos asusta á los de la casa.

—¿Les asusta á ustedes?

—Tenemos miedo de que la casa estalle un día. ¿Quiere usted creer que el otro día vino á pedir al vinatero de aquí al lado que le procurase espíritu de madera?

—¿Para qué?

—Para mezclarlo, según decía, con la... con la... ¡diablo de nombre!... con la... nitro... nitroglicerina, eso es... y para volverla menos peligrosa.

—¡Hola, hola!... Decididamente, tiene usted razón... Es el que yo busco... Ya no hay duda. Puedo subir á su casa con la mayor seguridad... ¿En el segundo, á mano derecha? Mil gracias, señora.

Se acercó á los dos agentes, les encargó que se procurasen un coche, que le esperaran delante de la puerta y que detuvieran á todo el que tratase de escapar.

Después, con las manos en los bolsillos, tan tranquilo como si no corriera ningún peligro, se hizo abrir la puerta, atravesó el patio y subió la escalera.

XII

Cuando llegó al segundo piso, el inspector se dirigió hacia la puerta de la derecha y llamó. Transcurrieron algunos segundos, se oyó un ruido de pasos y abrieron.

—¿M. Bérard?—preguntó, quitándose el sombrero.

—Yo soy, caballero: ¿qué desea usted?

—Hablarle de un asunto que le interesa mucho en estos momentos. Ruego á usted que me dispense si vengo tan tarde; pero estoy tan ocupado durante el día...

—Entre usted, caballero—dijo Bérard.—Pero—añadió bajando la voz—le agradeceré que haga el menor ruido posible: mi hija está algo cansada, se ha acostado temprano y creo que duerme.

—Descuide usted, caballero—repuso sonriendo Corbin;—acostumbro á andar sin que se me oiga.

Bérard entró delante de él en una piececita que debía servir al mismo tiempo de sala, de comeder y de gabinete. En aquel momento estaba en el mayor desorden. Se veían esparcidos sobre las sillas y las mesas vestidos, libros y papeles.

—¡Una mudanza!—pensó el inspector de policía.—Iba á tomar las de Villadiego; á tiempo he llegado.

Esto no obstante, Bérard no parecía inquieto, sino curioso por saber lo que querían decirle. Se apresuró á desocupar de multitud de objetos una butaca vieja de reps encarnado, se la ofreció á Corbin y, quedándose de pie enfrente de él, apoyado en el mármol de la chimenea, en que se consumían lentamente sobre unas brasas de carbón de cok unos papeles recién arrojados, dijo:

—¿Tal vez venga usted á hablarme de mi nuevo invento?

—No, caballero, no—dijo el inspector con la misma sonrisa.—Su invento de usted me interesa

mucho, pero nos ocuparemos de él en otra ocasión. De quien vengo á hablarle ahora, es del príncipe Lavisine.

—¡Del príncipe Lavisine!—dijo Bérard, sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.

—Del príncipe Lavisine: ¿no le ha escrito usted hoy?

—Sí. Pero...

—Primero ha dado á su carta de usted una contestación desfavorable; pero ahora lo ha pensado mejor.

—¡Lo ha pensado mejor!... No puede ser.

—¿Por qué? ¿Acaso cree usted que no ha podido pensarlo mejor?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada.

—Bueno; pues consiente en ver á usted y en oírle, y si quiere usted tener la amabilidad de venir conmigo...

—¡Esta noche, tan tarde!... No, no puedo dejar á mi hija sola... El barrio no es muy seguro...

—¡Ah! ¿usted cree? Pues venga usted á quejarse al comisario de policía; voy á presentarle á usted... Le está esperando.

—¿Me está esperando?

—Sí; y como tengo prisa, voy á decir á usted por qué le espera.

—¿Por qué?

—La carta que usted ha escrito esta tarde al príncipe Lavisine contenía amenazas; el príncipe se ha creído en el caso de trasladársela al comisario de poli-

cía, que desea ver á usted... Vamos, caballero, tenga usted la bondad de venir conmigo... Soy inspector del cuerpo de seguridad. Aquí está mi nombramiento.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Bérard.

Y, dando unos pasos hacia Corbin, añadió:

—¡Pero si no le he amenazado! Al contrario, le decía: «Ya no le amenazo á usted.»

—Por lo visto, le había usted amenazado en otra ocasión... No quiere que se vuelva á repetir... Se lo ruego, no hagamos esperar al comisario; tiene poca paciencia... Póngase usted el sombrero y el gabán, y vamos.

Bérard estaba abatido, desesperado, sin fuerzas para defenderse ni para hacer resistencia.

—Bueno, bueno—dijo por fin.—Ya voy... Pero, por Dios, no levante usted la voz; no haga ruido. Mi hija... no tiene que saber...

—No se enterará de nada.

Como hombre prudente, que está en todo, aprovechó el momento en que Bérard buscaba su sombrero para coger las tenazas y sacar de la lumbre algunos papeles que el cok no había consumido aún.

—¡Heme aquí!—dijo Bérard, después de haberse acercado al cuarto de su hija para ver si seguía durmiendo.

—Tenga usted la bondad de salir el primero—dijo Corbin.

Bérard obedeció, cerró la puerta de la habitación, cogió la llave y bajó la escalera.

El inspector iba tras él, con las manos metidas en los bolsillos, pensando muy satisfecho:

—La persuasión, y nada más que la persuasión... Es lo mejor... Sustituye con ventaja á las cuerdas y á las esposas.

XIII

Delante de la puerta encontró Corbin á sus dos agentes, que le esperaban con un coche que acababan de mandar parar.

Uno de ellos se acercó á su jefe y le dijo en voz baja, señalando á Bérard:

—¿No se habrá usted olvidado de registrarle?

—¿Para qué?

—¿Y si se empeñase en matarnos á todos en el coche?... Un hombre que maneja tan bien la dinamita...

—Tranquílcese usted—dijo el inspector sonriendo.—No conozco ningún caso en que un hombre haya arrojado dos bombas en un solo día... Basta con una, y puedo asegurar que no se le ocurrirá volverlo á hacer... Si tienen ustedes la más pequeña inquietud, sigan el coche á cierta distancia; en cuanto á mí, nada temo.

El agente, para demostrar que no tenía miedo, se sentó de un brinco en el pescante, mientras que

Corbin hacía montar en el coche al preso y se sentaba á su lado.

Dos minutos bastaron para llegar á la calle de Murillo, frente al hotel Lavisine.

—¿Qué hace ahí tanta gente?—preguntó Bérard, admirado de ver en aquella calle, por lo regular tan tranquila, una muchedumbre compacta, difícilmente contenida por los guardias de orden público.

—Un fuego de chimenea tal vez—contestó Corbin.—¡Son tan tontos los parisienses!

En el vestíbulo del hotel entregó el preso á los agentes de policía y fué á presentarse al comisario para darle cuenta del desempeño de su cometido.

—Creo—dijo al terminar—que ese individuo va á dar que hacer á la justicia... Es muy solapado... Está nervioso, agitado; parece que va á escurrirse, pero no se entrega.

—Bueno—dijo el comisario de policía.—Que entre en el saloncito que hay junto á este despacho, y reúna usted, para que los confronte con él, á todos los testigos á quienes he interrogado antes. Les he encargado que no se marcharan.

Después se trasladó con su secretario al saloncito de que había hablado, y al poco rato empezaba á interrogar al detenido.

—Ha dirigido usted—le dijo—amenazas al príncipe Lavisine. ¿Por qué?

—¿Por qué?—contestó Bérard;—porque, como soy pobre y desgraciado, se mostraba conmigo duro y sin piedad... Pero mi carta de hoy, como ya lo he dicho, no contenía ninguna amenaza.

—Dispense usted.. Aquí está la carta. Termina con estas palabras: «No me desespere usted, no me impulse usted á cometer una atrocidad.» ¿Qué quería usted decir?

—No lo sé... La he escrito muy á la ligera. Por lo visto, pensaba en el suicidio.

—¿En el suicidio! ¿No tiene usted una hija?

—Sí señor.

—Se refiere usted á ella en la carta, y dice usted que la quiere.

—¡Ya lo creo!... la quiero con toda el alma.

—¿Y pensaba usted en matarse? ¿Qué hubiera sido de ella?

—Hubiera muerto conmigo.

El comisario le miró fijamente y le dijo:

—Parece que está usted muy exaltado en este momento. No veo la razón.

—¡Ah! ¡de veras! ¡No ve usted la razón!—contestó Bérard, cuya exaltación pareció aumentar.—Yo sí la veo... No puedo tener sangre fría, no puedo dominar mi indignación... Es un hombre poderoso, con millones... No sabe lo que hacerse con su fortuna... Vive en un palacio... Y yo, pobre trabajador, pero bueno en el fondo, se lo aseguro á usted, caballero, á pesar de mi carácter irascible á ratos... irascible porque he sufrido mucho... yo le suplico que me deje vivir tranquilo, durante algún tiempo más, en la modesta habitación que me ha alquilado; que no me venda mis últimos muebles, los antiguos recuerdos de una vida en otro tiempo más feliz, las butacas, el sofá en que descansaba mi pobre mujer durante la enfermedad

que me la arrebató... Y nada... se niega; manda á su procurader que venda, le manda que me eche de su casa. Y no es eso todo... No le basta con eso... Porque en mi carta, escrita en un momento de irritación, he dejado escapar una frase sin importancia... pues, como usted ha dicho muy bien, no se mata uno cuando tiene una hija... Se dice, se escribe, pero no se hace. Por esa frase que interpreta mal... sí, mal: no es á él á quien amenazo, es á mí mismo... le llama á usted, me denuncia, me manda traer ante usted... Pues bien, caballero, eso es una mala acción, una acción indigna... No quisiera yo haberla cometido; dígaselo usted. Mañana me dejará sin lo mío, me arrojará de su casa... Quedaré muy pobre; pero, con eso y con todo, prefiero llamarme Bérard que no príncipe Lavisine.

XIV

El comisario de policía, acostumbrado á las hipocresías y á las farsas de los detenidos, de los acusados, que defienden palmo á palmo su libertad y su vida, no podía menos de concebir algunas dudas respecto á la culpabilidad de Bérard, desde que le miraba y le oía hablar. Le parecía á veces que no tenía la voz, ni los gestos, ni la cara de un criminal.

—He conseguido reunir á todos los testigos para

la confrontación—vino á decirle al oído el inspector Corbin.

—Que entren uno tras otro, por el orden indicado en este papel—dijo el comisario.

Se acordaba de las pruebas terribles reunidas ya contra el detenido, se arrepentía de sus dudas y quería afirmarse cuanto antes en sus ideas primitivas.

El dueño del café en que Bérard había escrito la carta al príncipe Lavisine le reconoció inmediatamente sin titubear.

—Pero—preguntó Bérard asombrado, echando á su alrededor miradas inquietas,—¿por qué se me pone frente á frente con ese caballero para que me reconozca? No trato de ocultar que he pasado hoy en su casa más de una hora y que he escrito la carta que se me censura.

El comisario de policía le dijo, sin contestar á esa observación:

—¿Cuál es el objeto voluminoso que llevaba usted en el bolsillo del gabán?

—¿En el bolsillo? No sé... tal vez un libro... Cuando salgo llevo siempre algún libro para leer al andar por las calles.

Después del dueño del café vino el conductor de ómnibus.

—¡Es él, es él!—exclamó en cuanto se vió en presencia de Bérard.

—¿En dónde me ha visto usted?—preguntó éste.

—En el boulevard de Courcelles, enfrente del número 98. Iba usted muy de prisa. Estaba usted muy agitado. Hablaba usted solo al andar.

—Es muy probable... Estaba furioso, muy irritado contra el príncipe: en tales momentos me ocurre frecuentemente el hablar solo.

—¿Volvía usted á su casa?—preguntó el comisario.

—Sí señor.

—Entonces ¿por qué subía usted por el boulevard, en dirección opuesta á su domicilio?

—¡Ahl! ¿Cree usted que?... En efecto, me acuerdo... Estaba tan preocupado que no hacía caso del camino que llevaba... Pero advertí mi equivocación y me volví por el mismo camino... ¿No me ha visto usted regresar?—añadió dirigiéndose al testigo.

—Sí, y así lo he declarado.

Entonces se interrogó á los guardas del parque y á la vendedora de juguetes de la avenida de Van Dyck.

Fueron menos afirmativos que los testigos anteriores respecto al parecido.

—Suponemos que es el mismo—decían mirando á Bérard...—A pesar de que la persona que pasó por delante de nosotros nos pareció más alta.

Durante un instante, el comisario de policía se preguntó si, en vez de seguir una pista, no seguía dos; si no se hallaba en presencia de dos personas completamente distintas: la primera llega al café, escribe una carta, espera la contestación y después, á eso de las siete, se vuelve á su casa. La segunda no aparecía hasta las siete menos cinco: entra directamente en el parque por la avenida Ruysdael, se dirige rápidamente hacia el hotel Lavisine, arroja la bomba de dinamita, trata de salir por la verja de la calle Rembrandt, la en-

cuentra cerrada, llega á la avenida Van Dyck, aún abierta, y desaparece por un camino desconocido.

—Pero, por fin, caballero, ¿de qué se me acusa?—exclamó de pronto Bérard.

—¿Le he dicho á usted que se le acusaba de algo?—repuso el comisario.

—No. Pero hoy no he puesto los pies en el parque Monceau. ¿Por qué pregunta usted á los guardas y á esta mujer si me han visto?

—Va usted á saberlo—dijo el comisario levantándose.—Entre usted en el cuarto del príncipe, va usted á verle.

—¡Ver al príncipe!—exclamó Bérard muy conmovido...—No, no, no quiero, no quiero.

—¿Por qué?

Titubeó y contestó.

—Porque se ha portado muy mal conmigo... Soy muy irascible, muy violento, lo confieso... no podría contenerme y le echaría en cara su conducta... Es inútil... ¡No quiero, no quiero!

—Sin embargo, es preciso... Entre usted—dijo el comisario con energía, abriendo la puerta de comunicación con el despacho en que estaba el cadáver del príncipe.

Bérard se resistió aún un poco, pero entró por fin, precedido del comisario, que se colocó de manera de poder observarle bien.

XV

Por orden del comisario de policía hacía un momento que habían traído lámparas y candelabros encendidos á la habitación en que acababa de entrar Bérard. Junto al cadáver, que continuaba en el mismo sitio, rodeado de sangre, habían colocado una de esas lámparas con reflector que proyectan sus rayos sobre el punto deseado.

Bérard recorrió con una mirada el despacho en desorden, trastornado, con los muebles rotos y tirados por todas partes: después se fijaron sus ojos en el cadáver.

—Dió un grito y retrocedió.

—Ande usted—dijo Corbin.

—No, no—balbuceó sin dejar de retroceder.—¿Para qué me han traído aquí?... ¿Para qué me hacen andar sobre esta sangre? ¿Qué cadáver es ése?

—Mírelo usted más cerca—repuso el inspector, obligándole á avanzar;—le conocerá usted.

—¡No puedo conocerle! ¡no tiene cara!

Entonces el comisario de policía se le acercó y le dijo:

—Es el príncipe Lavisine... el príncipe Lavisine, á quien ha matado usted.

—¡Yol... ¡yol... ¡yol..

—¡Sí, usted! Confíeselo usted... Todo le acusa... Su emoción, su espanto ante su víctima... Sus amenazas repetidas con frecuencia... Su carta de hoy... La fuga que preparaba usted, y sobre todo, sobre todo, sus estudios sobre la dinamita, sus experimentos... Pues lo que ha matado al príncipe ha sido una bomba de dinamita... Confíeselo usted... se lo aconsejo en beneficio suyo... Se le tratará con indulgencia... Se dirá que estaba usted irritado por la dureza con que se ha portado el príncipe, desesperado por la miseria... Confíese usted, arrepíentase usted: es el único medio de poder salvar su cabeza.

—No confesaré—dijo Bérard con voz fuerte y vibrante.—No he cometido ese crimen... Es una infamia el acusarme á mí... No lo confesaré jamás. Que hagan conmigo lo que quieran. ¡Era ya tan desgraciado, que no temo llegar á serlo más!

Pero esa resignación duró muy poco: una idea brotó de pronto en su cerebro, y gritó:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡qué va á ser de ella!

Ese grito fué tan desgarrador, que hasta el comisario de policía se sintió conmovido. Con la esperanza de conseguir revelaciones, había fingido creer que Bérard se había vendido. Pero su conciencia no le permitía detenerse ante esa idea: no podía deducir una prueba de culpabilidad de la emoción del acusado. Sabía perfectamente que un inocente á quien se enseña de pronto el cadáver ensangrentado, mutilado de una persona, no puede reprimir su emoción. Los culpables son los que, la mayor parte de las veces,

conservan su sangre fría enfrente de su víctima y representan, como actores consumados, una escena de asombro ó de indiferencia. Pero había cumplido con su deber, como lo iba á cumplir de nuevo al practicar un reconocimiento en el domicilio del acusado.

Llamó aparte al inspector Corbin, le comunicó su intención de trasladarse inmediatamente al boulevard de Courcelles, núm. 40, y le mandó que llevara allí á Bérard.

—¿Me llevan á la cárcel?—preguntó el preso cuando se vió de nuevo en el coche.

—Nada de eso—contestó Corbin con amabilidad; vamos á su casa de usted.

—¿A qué?

—A practicar una pequeña formalidad que es indispensable, un reconocimiento.—Y acordándose de los temores de Bérard respecto de su hija, añadió:—Tranquílese usted, caballero; no haremos más ruido que el que yo he hecho antes.

El preso no contestó: se había acurrucado en un rincón del coche: con los ojos secos, la mirada fija, parecía pensar profundamente. Pensaba tal vez que un cúmulo inaudito de circunstancias le acusaba, que estaba perdido. Buscaba el modo de defenderse, las palabras que tenía que pronunciar, los testimonios que tenía que invocar para salir de la situación en que se encontraba, para recobrar la libertad, para salvar la vida.

En el instante en que el carruaje que conducía á Bérard y á Corbin y á sus dos agentes se paró frente al núm. 40 del boulevard de Courcelles, llegó

también un cupé, del que bajaron el comisario de policía y su secretario.

Llamaron. El comisario se nombró: la portera abrió, protestando contra aquella invasión nocturna, y subieron todos.

Bérard, silencioso y abatido, introdujo en su habitación á las personas cuya visita forzosa recibía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Después de haber reparado, como el inspector Corbin, los preparativos de la mudanza hechos por el acusado, M. H.: quiso dar una ojeada á los libros y manuscritos que llenaban un baúl. Bérard le presentó varios cuadernos y diversos volúmenes.

—Estudios de química—dijo el comisario, después de haber leído algunos títulos.

—¿No es muy natural que estos libros estén en mi poder?—dijo Bérard, con una voz que trataba en vano de parecer segura. Soy ex discípulo de la Escuela de Minas.

—¿Sin destino, sin posición hoy?

—Hoy, puede ser, caballero; pero he estado muchos años empleado en el Ministerio de Obras públicas.

—¿Y por qué no continúa usted en su destino?
Bérard titubeó, pero acabó por decir:

—A consecuencia de un altercado con un ingeniero jefe, me vi precisado á presentar la dimisión.

—Tome usted nota de esa declaración—dijo el magistrado á su secretario.—Servirá para demostrar la violencia de carácter del acusado.

Bérard no contestó.

—En la carta dirigida al príncipe — repuso M. H...—hablaba usted de un invento que debía enriquecerle. ¿De qué invento se trata?

Bérard, que no había previsto esta pregunta, palió aún más.

—Vamos á ver, conteste usted—dijo el magistrado insistiendo.—Esas dudas le perjudican... ¿No quiere usted?... Pues le ayudaré... ¿No se trataría, por casualidad, de un producto químico completamente nuevo, cuyo nombre veo escrito en esos folletos?... La *pan-clastita*, nombre que se compone de dos palabras griegas que significan *rompe todo*. Usted mismo lo dice... Mire usted...

Bérard olvidó por un momento su situación. Apareció el inventor.

—Sí, caballero—contestó con voz más animada;— es un producto extraordinario, que he compuesto, inventado en estos últimos días... Puede prestar inmensos servicios á la ciencia, para socavar minas, para perforar montañas, para dominar todos los obstáculos. Tiene diez veces más fuerza de explosión que la dinamita.

De pronto se detuvo temblando, asustado. Com-

prendió que acababa de entregar nuevas armas contra él.

En efecto, el comisario de policía le dijo:

—¿Y persiste usted en negar?... Reflexione usted... Todo parece demostrar que, dado lo violento que es usted, loco de ira y decidido á vengarse del príncipe, ha hecho usted sobre él el experimento de su nuevo y terrible producto.

—¡No! ¡no! ¡no!—gritó Bérard, olvidando que su hija podía oírle.

Corbin acababa de acercarse al comisario.

—Sírvase usted—le dijo al oído—echar una ojeada sobre este papel que he sacado de la lumbre, hace dos horas. Acabo de recogerlo: puede ser interesante.

—Venga.

Era el borrador de una carta, escrita de puño y letra de Bérard. La llama había hecho desaparecer algunas palabras, pero era fácil adivinarlas, y el comisario pudo leer lo que sigue:

«Hace usted mal en no atenderme... No conoce usted la fuerza de que dispongo, el poder que la ciencia me presta... Si quisiera, podría de un solo golpe destruir, incendiar todas las casas que usted posee, su hotel, sus palacios de Rusia, y hacer saltar las minas que tantos millones le producen... ¡Ah! debiera usted considerar á un hombre como yo y no tratarme como enemigo.»

—Comprendo que se le haya á usted ocurrido la idea de quemar este papel—dijo el magistrado cuando hubo acabado de leerlo. Por lo visto, es el borrador de alguna carta escrita por usted al príncipe Lavisié.

—Sí—murmuró Bérard.

—¿Y mandó usted esa carta?

—Sí, hace dos meses.

—Aquí están, en efecto las amenazas á que alude usted en su carta de hoy... ¿Y se ha sorprendido usted de que el príncipe se haya mostrado severo, que haya querido arrojarle de su casa?... Por el contrario, ha debido usted admirarse de que no diera entonces parte... Despreció las amenazas, y ese desprecio le ha costado la vida... Vamos, esta última prueba me basta... Mis averiguaciones han terminado.

En el momento que pronunciaba estas palabras, se abrió una de las puertas de la sala y se presentó Juana Bérard.

XVII

Juana Bérard merecía el apodo de *Reina de hermosura*. Alta, completamente formada, con airoso talle, con caderas muy pronunciadas, tenía todas las curvas, todos los contornos exquisitos de la mujer que se halla en todo su desarrollo. Unicamente, la cabeza admirable, colocada sobre aquel hermoso cuerpo, indicaba que Juana no era más que una joven recién llegada á la vida, con toda su lozanía y toda su inocencia. Cabellos rubios, de un hermoso color de oro,

servían de marco á su rostro, algo pálido por lo regular, pero que la sangre tenía á la más pequeña emoción. Su frente era alta; la nariz griega, de una gran pureza de líneas; los ojos, de azul oscuro, muy rasgados, con largas pestañas; la mirada vaga, de una dulzura infinita; los labios asombrosos de color, forma y expresión.

Despertada bruscamente por el ruido de las voces, admirada, inquieta, se había bajado de la cama, se había vestido á toda prisa con una larga bata blanca de lana y había abierto la puerta de la sala.

Se detuvo avergonzada, asustada, al ver tanta gente, y estuvo á punto de retirarse. Pero vió á su padre pálido, tembloroso, decaído y, sin preocuparse de los que estaban allí, corrió hacia él y le preguntó vivamente, cogiéndole ambas manos:

—¿Qué sucede?... ¿qué tienes?... ¿qué ocurre?...

No contestó. No se atrevía. No podía.

Entónces se volvió hacia aquellos desconocidos.

Todos callaron.

—¡Ah! ¡quiero saberlo! ¡quiero saberlo!...—exclamó.

Al mismo tiempo, de repente, la expresión de dulzura que había en su rostro desapareció; su mirada se animó, sus dientes brillaron bajo sus labios abiertos. La joven cedió el puesto á la mujer enérgica, de ardiente voluntad.

El comisario de policía, conmovido, á pesar suyo, bajo el encanto de aquella inmensa hermosura, no queriendo tratar con demasiada crueldad á la que le interrogaba, pero atormentado al mismo tiempo por el deseo de proseguir su obra, de llegar por con-

ducto de la hija á conocer al padre, acabó por decir:

—Señorita, en este barrio ha ocurrido hoy un acontecimiento grave, y, como comisario de policía, me he visto precisado á practicar una indagatoria... Su padre de usted podía enterarme, y me he presentado en su casa.

—¿A qué acontecimiento se refiere usted, caballero?

—El príncipe Lavisine, dueño de la casa que ustedes habitan, y á quien conoce de nombre al menos, acaba de ser asesinado.

—¡Y me acusan de haberle matado!—exclamó Bérard, levantándose de pronto, cogiendo las manos de su hija, y mirándola fijamente.

—¡A tí!... ¡á tí!...—dijo ésta.

Y, volviéndose hacia el comisario de policía, hacia todos los hombres que estaban allí, con la cabeza levantada, admirable de indignación, añadió:

—¡Qué locura!... ¡están locos estos señores!... ¿De dónde proceden esas sospechas?... ¿Qué indicios tienen ustedes que les permitan acusar de un crimen á mi padre?

Bérard fué el que contestó. Iba recuperando su valor al ver que le defendían con aquella energía.

—Me acusan—dijo—porque hace tiempo, un día de delirio... ya lo sabes, tú que conoces todos mis actos, todos mis pensamientos... he amenazado al príncipe Lavisine.

—Hiciste mal, ya te lo he dicho—repuso Juana con voz breve;—pero hay diferencia entre la amenaza y la ejecución... ¿Qué más? Dímelo todo, toda la verdad

sin ocultarme nada. Quiero saberlo todo para defenderte mejor.

—Le he vuelto á escribir hoy—continuó Bérard.—Estaba desesperado al pensar que mañana iban á vender todos estos muebles, que tienes en tanto aprecio, y que teníamos que salir de esta casa, en que tu pobre madre ha muerto.

—¿Y le has amenazado otra vez en esa carta?—preguntó.

—No. Me refería á mí mismo. Decía que sería capaz de cometer una atrocidad.

—¿Por qué no me has hablado de esto?

—Me hubieras censurado.

—Sí por cierto.

—Además, estabas cansada por los preparativos de la mudanza; te retiraste á tu cuarto temprano.

—Es verdad... Pero—repuso Juana—ésas no son pruebas... ¿Qué más hay?

—El príncipe ha muerto, herido por una bomba de dinamita... y ya sabes cuáles son los trabajos á que me dedico por lo regular.

—¿No hay nada más?

—Nada más.

XVIII

Juana de pie, junto á su padre, y con voz que, por un gran esfuerzo de voluntad, parecía tranquila, decía al comisario de policía:

—Caballero, no sé lo que mi padre habrá dicho para defenderse. Indignado con la acusación que se le ha dirigido, tal vez se haya defendido muy mal... Permítame usted que yo le defienda, que le diga á usted lo que es mi padre, y todas sus sospechas desaparecerán inmediatamente, estoy segura.

—Hable usted, señorita. El público se engaña al creer que nuestra misión consiste sólo en buscar criminales... Lo que buscamos es la verdad, y nos congratulamos mucho cuando encontramos algún inocente.

—Pues bien, caballero—repuso Juana procurando sonreír,—está usted delante del hombre más inocente que ha existido... inocente del crimen de que se le acusa, inocente en todos sus actos, en toda su vida... Lo sé por mi pobre madre, que le conocía muy bien. Continuamente me hablaba de él, y hacia el fin de su enfermedad me decía: «Cuando yo no exista ya, ámale, protégele, mímale á tu querido padre... No podría vivir sin tus cuidados, sin tu cariño... Trátale como si fuera tu hijo.»

Se detuvo, enjugó una lágrima que cayó de sus ojos, y continuó:

—Sí, es un niño... Tengo razón, y mi madre la tenía también... Un niño con todas sus rabietas y sus furores, apaciguados en seguida con una sonrisa, con una palabra cariñosa, con un beso... Ha amenazado al príncipe. Me lo dijo, le regañé... y le vi llorar al pensar que hubieran podido tomar por lo serio sus amenazas... ¿De qué proviene que, á su edad, es violento y tierno á la par, nervioso con exceso? Proviene de que ha trabajado toda su vida, de que ha trabajado con la imaginación, con el alma, sin tregua, sin descanso... Siempre está ahí, delante de esa mesa, embebido en sus libros, en sus manuscritos, con la cabeza inclinada, con la mirada febril, buscando, buscando siempre, no pensando más que en nuevos descubrimientos... No es la fortuna lo que él ve como resultado, como recompensa de su eterno trabajo... No se acuerda de ella, sino el día en que tengo precisión de decirle: «Padre, ya no hay dinero en casa, y sin embargo hay que comer forzosamente para vivir...» Tampoco se acuerda de la gloria: es demasiado modesto, tiene costumbres demasiado sencillas. ¡Si usted supiera lo que le molestaría el ser conocido, ilustre!... No; piensa únicamente en los progresos que puede hacer la ciencia, la industria, en los servicios que puede prestar á todos... Y esos pensamientos que le acosan sin cesar, ese trabajo continuo, aumentan su irritación nerviosa y le vuelven á veces violento, colérico... Pero dura poco, caballero, dura poco... Yo sé apaciguarle.

Pasó el brazo alrededor del cuello de su padre, y,

apretándose contra él, acariciándole con una larga mirada, continuó:

—Pero si le quiero, si le mimo, me lo devuelve con creces. Es tan bueno para mí, que no puede usted formarse una idea... Siempre con gran dulzura, nunca se encoleriza. No podría incomodarse con su hija adorada... Él es el que me ha educado. Nunca he ido al colegio, nunca me he separado de él... Me ha enseñado todo lo que sé, letras, ciencias... Me ha preparado para los exámenes que he sufrido en el Hotel-de-Ville... Se lo debo todo... ¡Qué abnegación tan grande y tan continua!... Si no es rico á estas horas, yo tengo la culpa; me ha sacrificado su posición, su porvenir... Le querían mandar últimamente á la Guyana francesa á dirigir minas de gran importancia. Le daban veinticinco mil francos anuales y un beneficio en el negocio; lo ha rehusado, porque temía por mí el clima de aquellos países y no quería tampoco dejarme aquí sola... Ha preferido vivir en la miseria, pero á mi lado, velando sobre mí, como yo velo sobre él... ¡Es tan bueno, es tan bueno!

Se detuvo bruscamente y, dejando á su padre, dijo, aproximándose al comisario de policía:

—Dispéñese usted, caballero, dispéñese usted; he hablado demasiado de él y de mí... Pero quería que le conociera usted bien... Le acusaban, le creían capaz de cometer un crimen... y, para demostrar el error, he contado su vida. Le he dicho á usted: ése es, he ahí su corazón. Pero eso no le basta á usted... Cree haber recogido contra él lo que se llama, me parece, indicios, pruebas... Pues bien, discutámclos... Hace

un momento me decía usted: «Busco la verdad.» ¿Quiere usted que la busquemos juntos?... No puede negarse á una hija el derecho de defender á su padre. Diga usted, caballero, ¿quiere usted, quiere usted?

—Bueno, señorita.

Seducido por aquella palabra persuasiva, irresistible, y también bajo el encanto de aquella magnífica belleza, había vuelto á sus dudas; ya no sabía qué pensar.

Hizo una seña á Corbin y á los dos agentes, que se retiraron á la pieza inmediata, y se quedó solo con su secretario, Bérard y su hija.

XIX

Había obligado á su padre á sentarse en el sofá; se sentó á su lado, frente al comisario de policía, á quien había ofrecido una butaca, y dijo con gran tranquilidad:

—Si yo llegara á probar que mi padre estaba conmigo cuando se cometió el crimen, ¿qué sucedería, caballero?

—Demostrando palpablemente, con claridad y con testimonios indiscutibles, la ausencia de su padre del lugar del crimen en el momento en que se cometió, todas las demás presunciones caerían por la base.

Pero, en ese caso, me parece más natural que sea yo el que pregunte... Le ruego que me conteste con la mayor sinceridad.

—De seguro, caballero. Yo digo siempre la verdad, suceda lo que quiera.

—¿A qué hora salió hoy su padre de usted?

—A las cuatro en punto... No puedo equivocarme: miré el reloj y le dije: «Date prisa, que van á cerrar el despacho.»

—¿Adónde iba?

—A casa del procurador del príncipe Lavisine, para procurar conseguir una demora para la venta que nos amenazaba.

—En efecto, concuerda con lo que dice la carta.

Y repuso:

—Al salir, ¿llevaba su padre de usted algún objeto voluminoso?

—Sí, libros, según acostumbra. Los he sacado del bolsillo del gabán después de comer... Mírelos usted, aquí están.

—Ahora, señorita, conteste usted á esta pregunta importante, tomándose el tiempo necesario para reflexionar... ¿A qué hora volvió su padre de usted?

—No necesito reflexionar para contestar á esa pregunta. Volvió á las siete menos cinco. Nos sentamos siempre á la mesa á las siete en punto, y no he notado que se hubiera retrasado.

—¿Está usted segura?

—Sí señor.

—Me alegro mucho, pues el príncipe ha sido asesinado á las siete en punto.

Parecía, en efecto, muy satisfecho de aquellas contestaciones, á pesar de que destruían una parte de su indagatoria. Pero de pronto volvió á aparecer el magistrado. Sacó su reloj, lo miró y dijo:

—Desgraciadamente, su reloj de usted va diez minutos atrasado... me veo en la precisión de hacerlo constar... Esos diez minutos de diferencia han podido bastar á su padre para volver á casa...

—¿Después de haber matado al príncipe Lavisine, no es verdad?—repuso Juana animándose.—Y después de haber cometido ese crimen horrible, monstruoso, ha vuelto, me ha besado como siempre, se ha sentado á la mesa y ha comido con tranquilidad y con sosiego, enfrente de mí... ¡enfrente de su hijo!

—¿Tenía verdaderamente toda su libertad de espíritu, toda su sangre fría?

—¿Su libertad de espíritu? Sí por cierto. ¿Su sangre fría? No. Declamaba contra el príncipe, se quejaba de su proceder, le maldecía... Si le hubiera matado, ¿no se hubiera apaciguado su ira?

—Es verdad; pero como nadie ha asistido á la comida de usted, nadie ha visto, ni oído, ni observado á vuestro padre.

—Sí señor, yo.

—¡Ay! su testimonio será discutido. Está usted demasiado interesada en el asunto.

Sin perder ánimo, la señorita Bérard se puso á buscar nuevas objeciones, nuevos argumentos para combatir con su adversario. Creyó, sin duda, haber encontrado uno, pues dijo al cabo de un instante:

—El príncipe Lavisine, según lo que se ha dicho

delante de mí, ha sido matado por una bomba, ¿no es verdad, caballero?

—Sí, señorita.

—Y como mi padre se ha ocupado toda la vida de química; como ha estudiado todas las materias, todas las sustancias, todos los líquidos que estallan, y como ha inventado... pues conozco todos sus trabajos, un nuevo producto explosivo, dedúcese que él es quien ha arrojado la bomba... Pero ¿de dónde ha sacado esa bomba? ¿en dónde la ha encontrado? ¿en dónde la ha fabricado? ¿quién se la ha dado?... Si un hombre hubiera sido asesinado de un pistoletazo, y encontráseis pólvora en los bolsillos de la persona acusada, ¿se contentaría usted con esa prueba? No. Se ocuparía también de buscar la pistola... Querría usted saber de dónde venía, adónde iba. Pues bien, lo repito, ¿dónde ha podido mi padre procurarse esa bomba? ¿Cómo la tenía en su poder? ¿No le llama á usted la atención esta objeción, caballero?

—Sí por cierto, no carece de valor; se tendrá en cuenta, señorita.

El encanto continuaba. *Reina de hermosa* había dominado decididamente al comisario de policía.

En aquel momento, el inspector abrió tímidamente la puerta de la sala.

—¿Qué quiere usted, Corbin?—le preguntó su jefe en cuanto le vió.

—Quisiera, señor comisario, con su permiso darle cuenta de un descubrimiento grave.

—Hable usted, le escucho.

XX

El inspector, dirigiéndose al comisario, dijo:

—Hace un instante, como no tenía nada que hacer, entreabrí maquinalmente un armario pequeño que hay en la antesala. Estaba lleno de vestidos y de calzado... He creído de mi deber tomar la medida del calzado.

—¿Y qué resulta?

—Que tiene veintisiete centímetros de largo por nueve de ancho. Me parece que es exactamente la misma medida que la de las huellas de pasos que el señor comisario ha visto al principio de su indagatoria.

—Pero también es—repuso inmediatamente la señorita Bérard—el tamaño ordinario del pie de cualquier hombre algo alto... y nada nos asegura de que el asesino del príncipe Lavisine no sea de estatura tan elevada como mi padre.

—¿Y es ése el descubrimiento grave?—preguntó el comisario de policía á Corbin, con tono en que se notaba ligero mal humor.

—No señor. No he hablado á usted del calzado sino para explicarle de qué modo había llegado á hacer ese descubrimiento.